



## CHULOS Y NOVIOS EN VIÑETAS: CÓMO DEDICARSE AL CÓMIC (GAY) Y NO MORIR EN EL INTENTO

SEBAS MARTÍN  
**Autor de cómics**

---

Vivir del cómic es, de por sí, un imposible, pero las dificultades se acrecientan si el objetivo de un autor es dedicarse al cómic gay. En este artículo de cariz autobiográfico, se relatan los obstáculos y los éxitos que han marcado la trayectoria profesional de su autor, desde sus inicios, en los años 80, como creador de un *fanzine*, hasta la proliferación de proyectos que marcan los 2000. Con todo, se traza un recorrido por el panorama cultural e ideológico de la España de las últimas décadas, a través del cual asistimos a la lenta pero constante superación de los prejuicios que aún hoy rodean tanto el género del cómic como el mundo gay.

PALABRAS CLAVE: cómic, temática gay, mundo editorial, prejuicios.

---

Cuando yo era un niño no quería ser ni astronauta, ni bombero, ni explorador; quería ser dibujante de historietas. Los mayores me decían que sí, que muy bien, pero insistían: “¿Pero a qué te quieres dedicar de mayor, para ganarte la vida?”.

Más de treinta años después, la pregunta se sigue repitiendo con los mismos resultados:

–¿A qué te dedicas?

–Soy autor de cómics.

–¡Ah! Pero me refiero a ¿cómo te ganas la vida?

Al parecer, es creencia popular que no resulta posible, por lo menos en el Estado español, ni tan sólo acariciar la idea que ésta puede ser una profesión con la que pagar las facturas. Como mucho, una afición con la que sacarse unos eurillos que contribuyan al presupuesto familiar. Y no van del todo desencaminados. Dedicarse en España al arte de narrar historias me-

diante viñetas, resulta bastante ruinoso, cuando no un objetivo suicida, ya que el mundo profesional nos equipara a los músicos que, acordeón en mano, tocan en el *metro* (y decreciendo). Parece casi una broma de mal gusto que precisamente seamos los vecinos de uno de los países que tiene en mejor consideración a esta profesión, tanto a nivel de ventas como a nivel artístico y en el que sus autores gozan de un merecido prestigio.

Llegados a este punto, creo que ha quedado claro que aquí el autor de cómic se considera como una curiosa y casi folclórica minoría. Si, además, has tenido la descabellada idea de dedicarte el cómic gay, ya entras en la subterránea categoría de minoría dentro de una minoría.

### **Y en el principio, todo era Bruguera...**

Achaco el haberme dedicado, contra viento y marea, a esta profesión, al hecho de estar dotado de una gran dosis de optimismo, sin contar con un carácter marcado por una especie de irresponsabilidad adolescente, que creo que me sigue acompañando, aún pasada la cuarentena. Pero también a que crecí devorando todas las revistas de Bruguera: *Pulgarcito*, *Tío Vivo*, *Mortadelo*, *Din Dan*, *DDT*, *El Capitán Trueno*, *El Jabato*. Los cómics de consumo que invadían los quioscos en los años 60 eran mis lecturas habituales, muchas adquiridas a muy bajo coste en las tiendas y puestos de segunda mano, que se podían encontrar en cualquier ciudad o pueblo. Estas tiendas también me dieron la posibilidad de descubrir personajes y material, anteriores a mi generación, como *Roberto Alcazar* y *Pedrín*, *El Cachorro*, *Pantera Negra* y muchos otros (nunca me gustó el dibujo de *El Guerrero del Antifaz*, por muy famoso que fuera). Disfrutando de las andanzas de estos aventureros, aparecieron las primeras preguntas sobre la idiosincrasia física –con una cierta curiosidad sexual ya latente– de estos personajes. ¿Por qué *Pantera Negra* era tan musculoso y pese a estar en contacto con la civilización solo vestía un taparrabos? ¿Por qué *Flecha Roja* o *El Cachorro* acababan con la camisa hecha jirones en la tercera viñeta? ¿Qué parentesco unía a *Roberto Alcazar* y *Pedrín*? Nadie contestó a mis preguntas, pero allí quedaron.

En la adolescencia, la mayoría de mis amigos se aficionaron a los superhéroes, sobre todo los de *Marvel*, que aquí llegaban infectamente editados en formato de pequeña novela gráfica. Yo no. No entendía las guerras de tortas de *Spiderman* o *Los Cuatro Fantásticos*. Tan solo *Thor* me parecía interesante, sobre todo cuando sus aventuras sucedían en *Asgard*. Tal vez era a causa de que era alto y rubio como un turista sueco... Pero para mí, los auténticos superhéroes eran los de la factoría *D.C.*, que compraba en formato *comic-book*, traducidos en español estándar por Editorial Novaro. Y aquí seguían las preguntas. ¿Por qué Bruce Wayne, cuyo *alter ego* era *Batman*, siendo como era un rico millonario, dormía en la misma habitación (aunque en camas separadas) que su joven protegido, Dick (*Robin*)? Las historias de *Superman*, con sus entresijos con Louise Lane, también tenían mucha gracia. Vamos, que se parecían muchas veces a las de *Esther* y su

*mundo* (Lily, Ed. Bruguera, 1971-1988) de Purita Campos, pero con superhéroes y supervillanos de por medio.

Todo eso estaba muy bien, pero la fascinación por el mundo del cómic se me afianzó a finales de los setenta, cuando entraron en el mercado español, y por la puerta grande, el cómic franco-europeo de vanguardia y el *underground* y fantástico norteamericano. Hasta entonces, las revistas de historietas se llamaban “tebeos”; a partir de ese momento, pasaron a llamarse “cómic”. Revistas como *1984*, *Tótem* y en los 80, *Cairo*, *Címic* y *El Víbora*, volvieron a ponerme de manifiesto que a lo que quería dedicarme, desde siempre, era a ese ahora más dignificado cómic. Pero, ¿qué había que estudiar? ¿A quién me tenía que dirigir? Yo era un adolescente de barrio, de familia obrera donde, pese a lo numeroso de sus miembros (la componían una legión de tíos/as y primos/as), no había ni uno solo con la más mínima afición artística ni literaria; cosas de la educación popular durante la dictadura. De nuevo, nadie tenía respuestas para estas preguntas.

La mejor solución era crear un *fanzine*; revista de aficionados confeccionada con fotocopias, que acababa de ponerse de moda y que cualquier grupo de dibujantes podía crear. Pero yo no tenía a ningún otro autor latente entre mi grupo de amigos, por lo que me decidí a crearlo solo. De hecho ya tenía alguna experiencia, pues de niño, en la escuela, dibujaba un pequeño semanario del que hacía rudimentarias copias con *papel carbón* que repartía entre los compañeros de clase. Lo llamé *lo*, como una de las lunas de Saturno –algo pretencioso, ¿no?– ya que la fantasía era uno de sus temas recurrentes. Era un trabajo titánico. Dibujaba dos historias de unas 8 páginas en dos estilos diferentes y además, en las páginas centrales, aún me atrevía a hacer crítica literaria y de cine. Fue allí donde aparecieron mis primeros personajes gays, envalentonado por las primeras historietas de Nazario y, sobre todo, por la descarada carnalidad de *Den* (Toutain Editor, 1978), personaje de Richard Corben que me había impresionado de manera especial. Todo en él era enorme y aparecía *en pelotas* en todas y cada una de las viñetas de sus historias. Tenía yo los biorritmos a punto de nieve. Y si Corben podía dibujar esas monstruosas *trancas* en un cómic comercial que se vendía en cualquier quiosco, ¿por qué yo no lo podía hacer en un medio considerado *underground*? Pero el trabajo de dibujo, escritura, edición y distribución era agotador y sin beneficio alguno. Aun así, llegué a sacar 18 números en los que, tímidamente, algún bárbaro se declaraba a su compañero de armas o un aventurero espacial llegaba a un planeta habitado por seres pansexuales. Y fue tímidamente porque había cosas que yo tenía más claras sobre el papel que en mi propia vida diaria. Mis héroes homosexuales eran bárbaros y comandos espaciales dado que yo, por aquel entonces, no había pisado un local gay. Es más, no tenía conocimiento alguno de lo que denominaban *el ambiente* y lo que había leído en las historias de *Anarcoma* (*El Víbora*, 1-34, 1979-87), era, en ojos de un chaval como yo, para salir corriendo. No hay que olvidar que estábamos en plena transición y, por lo tanto, a años luz de conseguir la normalidad social de la que empezamos a

disfrutar. Sin ir más lejos, durante mis primeras historietas aún estaba vigente la tristemente famosa Ley de Peligrosidad Social.

## Del anonimato al kiosko

Y llego en ese momento la famosa época del destape con su aluvión de portadas donde la carne, preferentemente femenina, pero también masculina, llenaba revistas y magazines. De esa época, entre otras cosas, recuerdo el uso del *fou*, ese filtro que hacía que las imágenes parecieran estar al baño maría. También, cómo no, recuerdo la aparición de las primeras revistas de temática gay, la mayoría dedicadas a mostrar a machazos, primero en calzoncillos y más tarde en todo su esplendor. Hubo también alguna, como la histórica *Party* (1977-85), que alternó con artículos; los primeros dedicados a la comunidad gay, y su famoso consultorio, las succulentas galerías de fotos. En otras, pude disfrutar, por vez primera, de tiras cómicas gays, que al contrario de las que nos llegaban del extranjero, principalmente las de *Tom of Finland*, no tenían temática erótica. Eran *Nacho García*, *chico de compañía* y *Sauna Ibérica* (1985-87), ambas creadas por Pere Olibé, al que debo agradecer el que creyera, por vez primera, que el cómic cotidiano gay era posible (a él también le debo, supongo, el estado precario de mi cuenta bancaria por decidir dedicarme a ello). Poco después llegaron, procedentes de Italia y otros lugares de Europa, colecciones de cómic erótico, en general de ínfima calidad. Algunos editores españoles, la mayoría ajenos al mundo del cómic pero con ojo para el negocio que su publicación podría representar, decidieron sacar algunas revistas al mercado, contando con autores desconocidos; no por ofrecerles una oportunidad, sino porque resultaban más baratos a la hora de realizar un producto de mero consumo. Ese fue mi bautismo de fuego en el cómic profesional.

Recuerdo que un día, pasada la medianoche, sonó el teléfono. Me sobresalté, pues ya estaba en la cama y a punto de conciliar el sueño. Al otro lado de la línea escuche la voz de un amigo, uno de los pocos aficionados al cómic que conocía y con el que hacía tiempo que no hablaba. Me explicó, de manera muy breve, que el director de la editorial donde realizaba trabajos de diseño gráfico, quería sacar al mercado una revista de cómic erótico –bueno, en realidad era pornográfico– y que estaba intentando conseguir un equipo de jóvenes dibujantes con ideas divertidas. Medio en sueños le dije que contara conmigo, a lo que respondió que en breve me volvería a llamar para explicarme los detalles. Ni que decir tiene que ya no volví a conciliar el sueño. La revista salió, casi de inmediato y respondía al nombre de *Felator*, que me sigue pareciendo suficientemente explícito. La impresión era correcta en el mejor de los casos, el papel infecto y la encuadernación de grapa, pero pagaban religiosamente, aunque poco, y mi trabajo figuraba en los kioscos. Y por si fuera poco, tenía completa libertad sobre los guiones y temas sobre los que parodiar. Por ello, aunque la revista estaba dedicada al público heterosexual, poco a poco fui haciendo aparecer algún que otro secundario gay.

Poco después, supongo que contentos de mi trabajo, me propusieron un número extraordinario compuesto exclusivamente por trabajos míos. Lo titulé *Sor Clítoris y otros personajes perversos* (1991) a causa de la primera historieta del volumen y en la portada, que me trabajé a color, aparecía una monja despechugada, que intentaba seducir al jardinero del convento, mientras éste se cambiaba de ropa. La imagen fue censurada poniendo un cartel de “número uno” sobre los bajos de ambos personajes. Aún con ello, parece que tuvo éxito de ventas, por lo que me envalentoné con entregas donde los personajes gays ya eran protagonistas, cuando no se trataba de historias descaradamente homo. Recuerdo de esa época títulos como *Serenata a la luz de la luna*, *Kentucky Sex Chicken*, *En la granja los recluidos follan como descosidos* y *Écheme un... polvo, general Caster*, donde hacía una parodia de las historias de indios y vaqueros. Y es que ya se sabe que los pieles rojas eran muy aficionados a la pluma. Poco después me propusieron un segundo número especial y ya, con éste, me atrevía a salir a cara descubierta. Bueno, casi, ya que lo titulé *Historias Guays* (1992), como si esa “u” que disimulaba el título, fuera a engañar a alguien sobre el contenido, dado lo explícito de la portada, que consistía en dos chulazos en una piscina —¡y hay que ver lo que me costó hacer, a témpera, las ondas del agua!—. Fueron tiempos divertidos, pero de ganarse el pan, nada de nada. Suerte tenía de mi trabajo como perspectivista en una empresa de decoración, ya que de lo contrario me hubiese convertido en un *sintecho*. Y así acabaron los ochenta y con ellos, una época dorada del cómic y otras publicaciones.

En los noventa, me tuve que comer las ganas de crear personajes gays, ya que no encontraba dónde, aunque seguí con el cómic erótico, como la serie *Los Viajes de Coco Jones*, historietas humorísticas para la revista *El Barragán*, de corta vida, o la serie de tiras cómicas *Mandonna, noia petarda*, para el suplemento joven del desaparecido diario *El Observador*. Pero yo quería seguir explicando historias más cercanas a mí, donde el personaje que se llevaba de calle a propios y extraños no tuviese que ser siempre una mujer o el protagonista no se ligara a la hija del mafioso sino a su hijo. Había probado las mieles del cómic gay pero... ¿qué era el cómic gay? Por suerte, parecía que había alguien que lo tenía claro y esos eran los miembros del Casal Lambda de Barcelona, que en 1992 (año olímpico) decidieron organizar la primera *Setmana del Còmic Gai i Lèsbic*, con un concurso al que me presenté y gané. Pero, aunque las intenciones eran muy buenas, el reconocimiento social y comercial resultó casi nulo. Fuera como fuese, el nuevo milenio se acercaba y, con él, un giro total en mi carrera. ¡Por fin!

### **Ser gay está de moda, ¿también en el cómic?**

Corría el año 2000. Ser gay, lesbiana, bisexual e incluso transexual se convirtió en un hecho más curioso, más peculiar, me atrevería decir, que marginal o transgresor. Las asociaciones LGTB luchaban por nuevos derechos a cara descubierta, había barrios gays (o pseudogays) en más de una ciudad del territorio del estado y los cafés, bares y discotecas del *ambiente* estaban

lentos a rebosar, pero no sólo de gays y lesbianas, también de todo tipo de gente a la que la música y estética gay atraía. Ser gay estaba de moda. Pero aún así, yo me paseaba con mi carpeta por las editoriales de Barcelona y los editores, ante mi trabajo, me decían –muy educadamente, eso sí (cuando cerraba la puerta debía de venir la mofa)–, que no disponían de una publicación en la que poder adaptar las *características* de mis historias. Si bien era cierto que podía *colar* personajes más o menos gays en los cómics eróticos que realizaba o ir directamente a publicaciones eróticas destinadas al público gay a ofrecer mi trabajo, estaba harto de limitar mis historias al terreno de la pornografía. Yo tenía mucho que contar que, por lo visto, en ese momento no contaba nadie: la dificultad de ligar en el ambiente, cómo conservar un novio en una relación pretendidamente *abierta*, los brotes de homofobia que aún existían, las relaciones con la familia y muchas cosas más. Parecía que todo el mundo, adoptando una postura muy progresista, estaba dispuesto a defender los derechos de gays y lesbianas, pero nadie a publicar un cómic que hablara de estos. Tan solo la revista *Nois*, un magazine de información general gay, de carácter gratuito y que entonces tenía formato de periódico, atendió mi propuesta y me publicó las primeras entregas de la serie cómica *Todos nos llamamos Paco*. La serie, cuyo título homenajeaba más o menos a la película *Todos nos llamamos Alí*, de Fassbinder, narraba las aventuras cotidianas de un grupo de personajes, de diferente edad y condición, en la gran ciudad, y cuya particularidad, aparte de ser gays, era que todos se llamaban de una manera u otra Francisco (Quico, Franc, Cesc, Panchito,...). Fueron tan solo seis meses en los que, en blanco y negro y haciendo gala de mi sentido del humor, intenté sacarle punta a la actualidad, tanto general como de la noche y el famoso *ambiente*. Pero la cosa se acabó rápidamente con el cambio de formato de la revista, donde parece que no había cabida para un cómic y volvimos al principio. ¿A nadie le interesaba el cómic gay?

Una llamada, poco después, abriría nuevas esperanzas y, al parecer, mercado. Fue Josep Maria Orteu, editor de *Llibres de l'Índex*, con un proyecto nuevo: recoger en un mismo volumen a seis autores de lengua catalana que desarrollaran en cómic diversos aspectos de la vida y dificultades de ser gay en nuestra sociedad. Había que elegir un tema entre los varios que se barajaban y a mí me atraía el de “vivir con SIDA”, dado que por desgracia y recientemente, había perdido a algunos de mis amigos a causa de la pandemia. Pero llegué tarde al reparto de temas y tuve que conformarme con el “ligar cada noche”. Opté por retratar a un grupo de hombres, de esos que todos conocemos, que no paran de quejarse de que no encuentran novio, al hombre de su vida, pero que movidos por una especie de fuerza convulsa que les obliga a ligar y ligar cada noche, sin dar una oportunidad a nadie de que los conozca, suelen estar solos, siempre a la espera de encontrar algo mejor a lo de la noche anterior. Titulé la historia *Caçadors* y aunque tan solo disponía de 12 páginas para desarrollarla, intenté poner toda la carne en el asador. Compartía antología con otros autores (Carpio, Medina, Padilla y Revilla) que entonces empezaban a despuntar y que no se animaron a seguir adelante en este ruinoso mundo del cómic.

El pequeño volumen se tituló *Històries de Barons* (2000) –*Historias entre chicos*, en castellano, ya que se editó en ambos idiomas– y, al parecer, mi colaboración no disgustó del todo, ya que el mismo editor me propuso otra antología, esta vez con solo dos autores (G. Medina fue el otro), que bajo el título *Historias de Sitges* (2000) ofreciera dos relatos gráficos que sucedieran en la población costera, meca del turismo gay en la península. Esta vez disponía de 38 páginas, todo un lujo, donde por fin podría desarrollar una historia completa con principio y fin. Aparecería aquí, por primera vez como protagonista, el personaje de Salvador, una suerte de *alter ego* mío en el que muchos lectores han querido ver rasgos autobiográficos –ya me gustaría: mi vida es mucho más sencilla y tranquila. El argumento no era demasiado complicado: Salvador y Oriol, su mejor amigo, pasan unos días en el pueblo costero durante agosto. La relación de amistad entre ambos y la manera en que se conocieron, sirve de excusa para poner en imágenes los sucesos del otoño de 1996, donde gays de toda Catalunya (incluso de fuera) se manifestaron por las calles de Sitges, en protesta por las detenciones indiscriminadas que, durante todo el verano, había realizado la policía local, merced a las ordenanzas de Ignasi Deo, concejal del PP en el Ayuntamiento de la localidad. La manifestación acabó en batalla campal, ya que un grupo de vecinos y jóvenes de estética *skin*, que se habían convocado a tal efecto, la emprendieron a pedradas con los manifestantes. Años después, con las aguas ya en su cauce, ambos amigos vuelven a la villa, y mientras Oriol se dedica al sano arte de ligar y follarse a todo bicho viviente, Salvador traba amistad con una atractiva vecina, de cuyo cuñado se enamora hasta las trancas. Titulé la historia *Machos al sol* y parte del encanto era mostrar en sus viñetas localizaciones y rincones de la población, así como cafés, clubs y bares, de manera que la novela gráfica pudiese funcionar, a un tiempo, como pequeña guía turística gay. Se editó en catalán, castellano e inglés; ilusionadas al ver un cómic sobre la población, las responsables de la biblioteca pública se apresuraron a comprar varios ejemplares para su fondo. Cual sería su sorpresa al ver que se trataba de un cómic descaradamente gay y ¡con sexo explícito! Escandalizadas, movilizaron a un periodista e historiador local: “¡Hay que hacer algo!”, le dijeron. Él, ni corto ni perezoso, tomó cartas en el asunto e hizo algo: presentar el cómic en Barcelona y hacer una crítica excelente del mismo.

La rueda ya estaba en marcha y no era cuestión de dormirse en los laureles. El próximo proyecto tenía que ser, en principio, un encargo de Llibres de l'Índex, pero por avatares del destino y la industria editorial, acabó en manos de Egales, como primeros pasos en el mundo del cómic de estas editoras que ya llevaban años publicando literatura LGTB. El caso es que para ello, y ya que se trataba de un trabajo de encargo, Orteu tuvo el capricho de unir a Lawrence Schimell, autor norteamericano de relatos gays que por entonces gozaba de cierto éxito en España, en calidad de guionista, y a mí como dibujante. La historia transcurriría en Eivissa, segundo destino gay del estado por aquellas fechas. Allí nos encaminamos ambos a buscar localizaciones, ya que aunque yo ya conocía la isla, para Lawrence era su primera visita (¡y la historia la tenía que escribir él!). He de reconocer que

durante este viaje y la realización de todo el proyecto, descubrí que yo no era un dibujante que hacía guiones sino más bien un guionista que sabía dibujar. Por lo tanto, la relación entre el escritor yanqui y yo fue poco menos que tormentosa. No es que lo que él pretendía narrar no fuera bueno, pero estaba en las antípodas de los temas y tratamiento que a mí me interesaban y las discusiones se convirtieron en el pan nuestro de cada día: parte del anecdotario de este viaje a Eivissa, me serviría, más adelante, para escribir el último capítulo de *Estoy en ello* (2005), por lo que no hay mal que por bien no venga. Además, no voy a negarlo, él ligaba mucho más que yo y eso no era precisamente bálsamo para mis nervios. Fuera como fuese, un año después, teníamos en el mercado *Vacaciones en Ibiza* (2003), novela gráfica de 58 páginas ¡a color! (parecía que no iba a acabar nunca de colorearla). Se trataba de las aventuras de dos alemanes en la isla, uno un golfo y otro con un carácter más romántico —a mí ya me sonaba a algo que había hecho— y el resultado fue bastante satisfactorio. Pero lo que nunca agradeceré suficientemente a Lawrence, fue su gestión de agente. Él es capaz de vender helados a los esquimales y consiguió que *Vacaciones...* se editara en inglés en los USA y en alemán en Alemania, abriendo, para un autor minoritario y localista como yo, nuevos mercados.

### **Comiquero profesional (y gay, para más señas)**

Fue entonces cuando empezaron a caer encargos y colaboraciones. En la serie *069, licencia para...* (2000-2001) presentaba a una especie de James Bond gay, bastante desastre, que acababa siempre, en cada entrega, con los calzoncillos por el suelo. *Las aventuras de Karmaa* (2002-2004) narra las peripecias de una sacerdotisa de Istar y un joven sacerdote gay, bastante ligeros de cascos ambos, recorriendo el mundo antiguo en clave de comedia. La verdad es que me trabajé la ambientación, haciéndola muy fidedigna, pero me permití todas las licencias narrativas y anacronismos que me dio la gana, en la aparición de sucesos históricos o legendarios. Con esta premisa, los dos protagonistas pasearon sus bellos culos por Mesopotamia, Egipto, el laberinto del Minotauro (que, por supuesto, era un gay misógino: por eso se merendaba a las doncellas), la guerra de Troya y hasta la desaparición de Sodoma, donde tres ángeles, un tanto ambiguos y a los que producía bastante coraje que les estiraran de la túnica (“es que luego el punto se deforma y queda fatal” comentaba, fastidiado, uno de ellos), llegaban a la ciudad en el último capítulo. Siguió, en la misma revista, *Las tribulaciones del Abate Henri de la Grande Chute* (2005), vivencias alocadas de un abate del barroco, generosísimamente dotado. Con esta serie me di cuenta de lo mucho que costaba dibujar pelucones, puntillas y encajes.

Pero la serie que me dio la oportunidad de aparecer en todas las revistas que en ese momento iban destinadas a la comunidad LGTB, ya fueran gratuitas o de pago, fue *Arturo, uno de los nuestros* (2000-2004). Se trataba de un encargo con el que se anunciaba la empresa de multiservicios *Servi G* y donde el Arturo del título, recomendaba las ventajas de alguno de estos



servicios a través de una tira cómica que se reponía cada mes en los espacios publicitarios de las revistas. Arturo apareció en *Shangay, Zero, Nois, Mensual...* Fue gracias a estas colaboraciones que me decidí a lanzarme de cabeza a la piscina e intentar ganarme la vida tan solo con trabajos que estuvieran alrededor del mundo del cómic (hasta el momento había combinado mis historietas, no sólo con el trabajo de perspectivista sino con el de mozo de almacén, dependiente, camarero, empleado de limpieza en la morgue de un hospital, relaciones públicas, colaborador en espacios de radio...). Ya he dicho, al principio, que siempre he sido un tanto inconsciente. No dejé, eso sí, mis clases en la *Escola de Cómic Joso*, único centro de enseñanza del Estado español dedicado al cómic y del que sigo siendo profesor de guión.

Y así, empecé a vivir del cómic y sus satélites (algunos premios, como el *Serra y Moret* de cómic cívico, conferencias, ilustraciones para *flyers* y revistas), aunque hay que apuntar que yo, lejos de lo que la opinión pública piensa de los individuos gays, que viven una vida de consumismo y diseño, llevo una existencia muy humilde, casi de ermitaño (bueno, no tanto, que he de salir por ahí para inspirarme de cara a nuevos guiones). Una ilustración de portada para la revista *GayBarcelona*, en la que un policía municipal y un *mosso d'escuadra* se morreaban (con lengua y todo) bastante descamisados, me dio también la oportunidad de reanudar la serie *Todos nos llamamos Paco* (2004-2007), esta vez en color y con periodicidad mensual. Parecía un reto el encontrar algún tema de actualidad cada mes, al que sacarle punta. Nunca agradeceré lo suficiente al *Foro de la Familia*, los obispos, el PP, Luís del Olmo o Esperanza Aguirre su *colaboración*, aunque fuera de manera inconsciente. Sus continuas declaraciones y manifestaciones públicas han sido, durante los últimos tres años, una fuente inagotable de anécdotas e inspiración. Cuando algún mes he creído que mi creatividad político-social-humorística estaba agotada, sólo he tenido que sintonizar de buena mañana la COPE y escuchar a Jiménez Losantos, para que las ideas fluyan sin tregua de mi cínica cabeza. ¡Gracias, señores de la extrema derecha católica, por mantenernos en perpetuo estado de alerta!

### ¿Quiere usted dibujar chulos para nuestra editorial?

No me podía quejar demasiado de cómo iban las cosas. Conseguía pagar el alquiler a final de mes y hasta una vez a la semana me daba para comer algo que no fueran patatas y col, aunque he de confesar que en aquel momento vivía en pareja y gracias a mi novio, que por suerte no era artista, sino un empleado más convencional, salíamos a flote. Yo siempre he pensado que la simbiosis perfecta es "Autor de cómic & interventor de oficina central de La Caixa". Y aunque he predicado mucho con la teoría, en la práctica, en vez de arrimarme a un hijo único con dinero, siempre he acabado con el único hijo que no tenía.

Y volvió a sonar el teléfono (¿qué hubiera sido de mi vida profesional sin tan recurrente aparatejo?). Esta vez se trataba de Josep Maria Berenguer,

editor de La Cúpula. Tras editar a Ralf Köning, que se había convertido en el 2005 en el autor estrella en ventas de la casa, el editor de la recientemente desaparecida *El Víbora* había pensado en crear una colección de novelas gráficas dedicadas a autores de cómic gays y lesbianas. Nazario hacía años que se había jubilado de narrar en viñetas, y al parecer yo me había convertido en el único autor estatal en activo, lo suficientemente chiflado como para seguir *erre que erre*, dándole a esto del cómic gay. Por suerte para mí, tenía bastante avanzado un proyecto de álbum que quería presentar de nuevo a Egales y que mostré a La Cúpula, sobre todo para no presentarme en la editorial con las manos vacías. Estaba pensado para ocupar unas 50 páginas, pero Berenguer deseaba una novela gráfica de al menos 100. Elementalmente, dije que al tratarse de un guión formado por episodios, estos se podían alargar o crear nuevos para conseguir una trama global más extensa. La verdad es que no tenía ni idea de cómo lo haría, pero La Cúpula siempre había sido una de mis editoriales favoritas, al tratarse de una de las pocas que mimaban el cómic independiente y se arriesgaban con productos poco convencionales, siendo el propio Köning un buen ejemplo. ¡No iba a decir que no! Y otra vez manos a la obra, esta ocasión liándome con el proyecto más largo que había realizado jamás, aunque por suerte en blanco y negro (uno puede ser inconsciente, pero no está rematadamente loco).

Resucité a mi querido Salvador y lo envolví en una suerte de anécdotas que iban desde lo autobiográfico a pequeñas aventuras cotidianas inspiradas en artículos de Maruja Torres o Elvira Lindo, pasando por el visionado de *Sexo en Nueva York* o *Las chicas Gilmore*. Creé un grupo de amigos entre los que cualquier lector se pudiera sentir identificado, desde el propio Salvador, treintón algo tímido y con una desastrosa vida amorosa, a Oriol, *fashion victim* y ligón impenitente, pasando por Rafael, un miembro de la estética *bear* un tanto ácrata, o Rita, la entrañable *mariliendre* que ha de figurar entre cualquier pandilla gay. La historia, además, arrancaba a finales de los años 60 con Quique, el primo mayor de Salvador y en una Roma recién salida de la *Dolce Vita*. Tampoco faltaba un capítulo durante el verano de 1997 en la Costa Brava, concretamente el día que murió Lady Di en el que Salvador se aloja en la casa de playa de unos amigos bastante burgueses y un tanto *reinas* (es de imaginar lo que afectó a la "realeza" tan principesca perdida). El título, *Estoy en ello* (2005), se lo debo a Xavi Doménech, amigo y dueño de la librería *Arkham* de Barcelona, al que se le ocurrió durante una reunión de redacción de *Claro que Sí*. ¡Pero alto! Aún no hemos hablado de *Claro que Sí*, el proyecto que pretendía dar un cambio y un rayito de esperanza al cómic, a los autores gay y a los lectores de esta parte del mundo. Qué pretenciosos, ¿no?

### ¿Tiene cómics gays? Claro que Sí

Andaba yo un día por La Cúpula, resolviendo no sé qué asuntillo sobre la inmediata aparición de *Estoy en ello*, mi primera novela gráfica en la casa, cuando Emilio, el responsable de producción, me comentó que la editorial

abrazaba, desde hacía tiempo, el deseo de sacar a la calle una nueva revista, en este caso dedicada al cómic gay. No era más que un proyecto en estado embrionario, que hacía años que dormía en un cajón, pero dado que entonces la colección de cómic gay y lésbico les había puesto en contacto con bastantes autores, sobre todo extranjeros, veían la posibilidad de contar con suficiente material para empezar a convertir en realidad este proyecto. Emilio me comentó que contaban conmigo como autor en la revista pero que estaban buscando un redactor jefe para la misma. Tenía que ser una persona con conocimientos de cómic y claro, gay, para imponer desde dentro del producto un criterio que tuviera que ver con el consumidor; el futuro lector. “¿Conoces a alguien de estas características?”, fue la pregunta de Emilio. Y claro que conocía a alguien: yo mismo. Y así metí las manos hasta los codos en lo que parecía iba a ser la primera revista de cómic gay del Estado español.

El primer problema que podía presentarse era si habría suficiente material de calidad para llenar las 82 páginas de la revista. La sorpresa fue que rápidamente dispusimos de material, no para un primer número sino para casi media docena. Entre los extranjeros contábamos, por supuesto, con Ralf Köning, que ya militaba en la casa, pero también con Robert Kirby, Patrick Fillion, Glen Hanson, Fabrice Neaud, Howard Cruse, Joe Phillips y muchos más. También descubrimos que en cuanto a autores japoneses había vida mucho más allá del *yaoi*, cómic de amor entre hombres, dedicado a lectoras femeninas. Nos pusimos así en contacto con autores dedicados al *hentai gay*, como Kazuhide Ichikawa, Jiraiya (no hay que perderse su *Habitación para cinco*) y Gongoro Tagame. Pero la gran sorpresa fue descubrir la gran cantera de autores españoles que se dedicaban a este tema y que tenían un nivel más que excelente: Cantero y Cuho, Hokane, Ismael Álvarez, Toni Saldaña, Javi Biedma, Diego Vera, David Ramírez, Ángel Álvarez, Iván García y un montón más que fueron apareciendo a medida que los números de la revista estuvieron en kioscos y librerías. Contamos además, con la colaboración de Santi Valdés, experto en cultura popular que se encargó de una sección sobre la historia del cómic LGTB, o de Xavi Doménech, cuyo hilarante *Bazar plumífero* era un repaso a las novedades comerciales más surrealistas. Entonces llegó la prueba de fuego: la calle. Aún pecando de inmodestia, he de reconocer que el producto tenía una calidad superior a la media, pero el primer número quedó, en general, algo *subido de tono* y durante la promoción hubo que repetir una y mil veces que no se trataba de una revista de cómic erótico. La idea popular seguía siendo, aún, que cualquier revista dedicada al público gay debía de ser básicamente de contenido erótico, cuando no pornográfico. Tal vez por esta razón, muchos kioscos no la expusieron a la vista. Pero lo peor fue que algunas librerías especializadas en cómic no querían exponerla: “Tenerla sí que la tengo, pero si la pongo a la vista se me va a llenar la tienda de maricones”, me llegaron a decir. Estábamos en el año 2005, en pleno siglo XXI y aún seguíamos con las mismas. Luego estaban los que preguntaban de qué iba un cómic gay: ¿de chicos que se besaban? Que no había que etiquetarlo y que hacer una revista sólo por y para gays era crear un gueto. Opinión muy bo-

nita y que hasta cierto punto puedo compartir, pero totalmente utópica e irreal. Yo y el resto de autores seguíamos encontrándonos con la negativa del resto de editores a incluir nuestras historias en sus revistas o colecciones a causa de la temática. Por lo tanto, una revista de cómic gay no sé si era la mejor de las soluciones, pero de momento era la única posible y, por lo tanto, necesaria.

Pero aunque *Claro que Sí* consiguió su público, los números cantaban y nos demostraron que la época de las revistas de cómic había fenecido. El kiosco, lugar natural de su venta, era una selva donde miles de productos competían por un espacio al sol. Aún así, y tras cuatro números trimestrales, habíamos conseguido una considerable cantidad de lectores que podían hacer posible que el producto siguiera en la calle, dando salida a trabajos que de otra manera era imposible conocer. Un cambio de formato con la apariencia de libro de antología –con lo que iría directamente a librerías de todo tipo, a sus secciones de cómic (que por suerte y por fin, están apareciendo y cobrando una cierta importancia)– y un cambio de periodicidad, ahora semestral, fue un giro en el rumbo con el que se ha mantenido el producto. Creí, por un momento, que empezaba a salir de la miseria para entrar de lleno en la simple pobreza.

### Esto sí que va de sexo

He de reconocer que realizar un *Kamasutra gay* (2006) no fue una idea mía y eso me fastidia, ya que suelo presumir de tener buenas ideas. Fue cosa de Mili, una de las editoras de Egales y de Lawrence Schimell y empezamos a trabajar en ello poco después de salir a la calle *Vacaciones en Ibiza*. Pero Lawrence se desinteresó por el proyecto y yo, que ya tenía algunas ilustraciones acabadas, decidí seguir adelante con el mismo, si las editoras estaban de acuerdo. Ya había otros *Kamasutra* en el mercado, incluso dedicados a la comunidad gay más o menos practicante, pero todos resultaban demasiado técnicos. Incluso había uno que se anunciaba como un manual ilustrado con imágenes de buen gusto. Esto me dio que pensar y pensé –aunque esto de pensar hay quien cree que es malísimo para la salud– que este nuevo *Kamasutra* tenía que incidir en el morbo, el erotismo y un desenfadado sentido del humor, sin dejar de ser didáctico. La verdad es que se trataba de un trabajo que me apetecía un montón, pero llegaba en un momento (uno de los pocos de mi vida) en que estaba metido en demasiados proyectos con visión de luz asegurada y no era cuestión, para una vez que todo iba bien, de dejar de lado algo. Tampoco quería posponer su realización, ya que había corrido la voz de que alguien estaba preparando un *Kamasutra* de estética *comiquera* y cualquiera más rápido se me podía adelantar.

El caso es que ya tenía realizada una primera estructura de todos los temas y posturas que quería mostrar y había proyectado más de 60 ilustraciones a página completa y en color, con sus correspondientes textos donde figuraría la explicación más o menos técnica. Era imprescindible encontrar

un colaborador de confianza para los textos, que mantuviera el espíritu y tono que había pensado para los mismos. Pero, ¿dónde encontrarlo? La verdad es que muchas veces los árboles no nos dejan ver el bosque y tenía la solución en mi propia casa. Diego, mi pareja por aquel entonces (y durante casi cinco maravillosos años, que no es poco), escribía –aunque no de manera profesional, pero sí con un nivel más que correcto– y compartía conmigo ese sentido del humor entre ácido y cuchufleta, lo que lo convertía en el redactor ideal. Y así nos pusimos manos a la obra en lo que hemos considerado, más adelante, el hijo fruto de nuestra relación. Había que realizar un intensivo *trabajo de campo* para comprobar que ninguna de las posturas nos hicieran candidatos a una hernia discal. Los textos habían de ser rigurosos pero al mismo tiempo entretenidos y estar dotados de cierto humor y eso, he de decirlo, Diego lo consiguió a la perfección. En la parte de la ilustración, también nos propusimos que aparecieran todo tipo de hombres, de todas complexiones, razas y edades; guapos y no tanto, para que todo hijo de vecino pudiera sentirse identificado y atreverse a poner en práctica cualquiera de los capítulos. Como decíamos en las presentaciones, deseábamos que se convirtiera en el libro de cabecera de cualquier persona, porque el saber no ocupa lugar y en este caso quedaba como anillo al dedo la frase de “a la cama no te irás...”. La verdad es que, aunque fue un trabajo bastante duro, ambos nos divertimos mucho realizándolo y eso se ve en el resultado. Yo he de confesar que me lo paso muy bien dibujando a hombres de escándalo practicando sexo explícito, no voy a engañar a nadie. Y parece que al público también le gustó, ya que el manual va por su segunda edición. Y es que hay que dar carne a las fieras y reconocer que el sexo, por mucho que lo enmascaremos con la didáctica, vende.

### Un futuro incierto

Acaba de salir a la calle *Aún estoy en ello* (2007), la segunda parte de las aventuras de Salvador, donde pongo en viñetas los problemas de vivir en pareja y, lo que es peor, que ésta te deje. El título es realmente muy acertado, ya que yo también “aún estoy en ello”, tanto en conseguir una estabilidad profesional como afectiva (para los más cotillas que lean esta novela gráfica, donde, por más que me pese, hay mucho de mí). Y mientras preparo el guión de la tercera parte, con la que cerraré una trilogía, me doy cuenta de que el cómic, ya sea gay, de vaqueros o de marcianos, sigue siendo algo con lo que resulta poco menos que imposible ganarse la vida en el Estado español. Ya sea por desconocimiento del material patrio o porque seguimos pensando, como durante los años de la posguerra, que todo lo que viene de fuera es mejor, se sigue consumiendo mucho cómic americano y ahora *manga* japonés, un cómic que ha invadido casi todos los mercados europeos, amenazando con comérselos. Aun así, todo el cómic sigue siendo considerado como algo dedicado a la infancia o a mentes simples incapaces de leer otro tipo de literatura (sí, lo he dicho bien, lo he equiparado a cualquier otra literatura). Y es que no hay nada peor que la ignorancia: un vistazo a cualquier librería especializada pone de manifiesto que aparte de superhé-

roes e historias juveniles, hay cómics históricos, biográficos, adaptaciones literarias y muchos de gran carga social e incluso filosófica.

En cuanto al cómic gay, sigue viéndose como un material *underground*, por muy buena presencia que se le dé. La mayoría de los posibles lectores siguen sin acercarse a él, por miedo a que los identifiquen con una cierta tendencia (y si los identifican ¿qué pasa?). Me imagino a un grupo de vecinas de avanzada edad, vestidas de negro, frente al único kiosco de una pequeña localidad de la España profunda, prestando atención a todo aquello que los clientes compran. Son lugares en los que adquirir a cara descubierta un cómic gay casi asegura a quien lo haga el título de "maricón del pueblo". Hemos de ser conscientes de que se ha avanzado mucho a nivel legal pero que estos avances sólo se hacen evidentes en las grandes ciudades. En muchos pequeños núcleos de población, como diría Julio Iglesias, "la vida sigue igual". Pero hay un montón de autores que tenemos mucho que decir y que explicar y no estamos dispuestos a enmascarar nuestras historias ni a utilizar otro formato y tampoco nos queremos dedicar a otra cosa, principalmente porque consideramos que esto es lo que sabemos hacer mejor. ¿Sobreviviremos?

#### OBRAS CITADAS

- Martín, Sebas (2009), *Gay terrors (Chulazo lobo)*, Barcelona, Cantero Editorial.
- (2008), *Gay Tales (Ricitos de Oro y los tres ositos)*, Barcelona, Cantero Editorial.
- (2007), *Aún estoy en ello*, Barcelona, La Cúpula.
- y Diego J. Cruz [textos] (2006), *El Kamasutra Gay*, Barcelona, Editorial Egales.
- (2005), *Estoy en ello*, Barcelona, La Cúpula.
- (2005), *Las tribulaciones del abate Henri de la Grande Chute*, Eros, 43, Palma de Mallorca, Dolmen Editorial.
- (2004-2007), *Todos nos llamamos Paco*, *GayBarcelona*, 3-32.
- y Lawrence Schimel [guión] (2003), *Vacaciones en Ibiza*, Barcelona, Editorial Egales.
- (2002-2004), *Las aventuras de Karmaa*, Eros, 21, 23, 26, 28, 30, 33, 36 y 38, Palma de Mallorca, Dolmen Editorial.
- (2000-2004), *Arturo, uno de los nuestros*, revistas *Nois*, *Shanguide*, *Zero*, *Mensual* y *Odisea*.
- (2000-2001), *069, licencia para...*, *Arde BCN*, 1-14.

**Lectora 15 (2009)**

**(m)**

- (2000), *Histories de Sitges (Mascles al sol)–Historias de Sitges (Machos al sol)–Tales of Sitges (Guys in the sun)*, Barcelona, Llibres de L'Índex–Ediciones La Tempestad.
- (2000), *Histories de Barons (Caçadors)–Historias entre chicos (Cazadores)*, Barcelona, Llibres de L'Índex–Ediciones La Tempestad.
- (1999-2000), *Todos nos llamamos Paco, Nois* (septiembre 1999–febrero 2000).
- (1992) *Mandonna, noia petarda*, *El Observador*, suplemento *El Jove Observador* (marzo a diciembre 1992).
- (1992), *Historias Guays*, Barcelona, Editorial Zona 10. [col. *Felator*, 4]
- (1991), *Sor Clítoris y otros personajes perversos*, Barcelona, Editorial Zona 10. [col. *Felator*, 1]